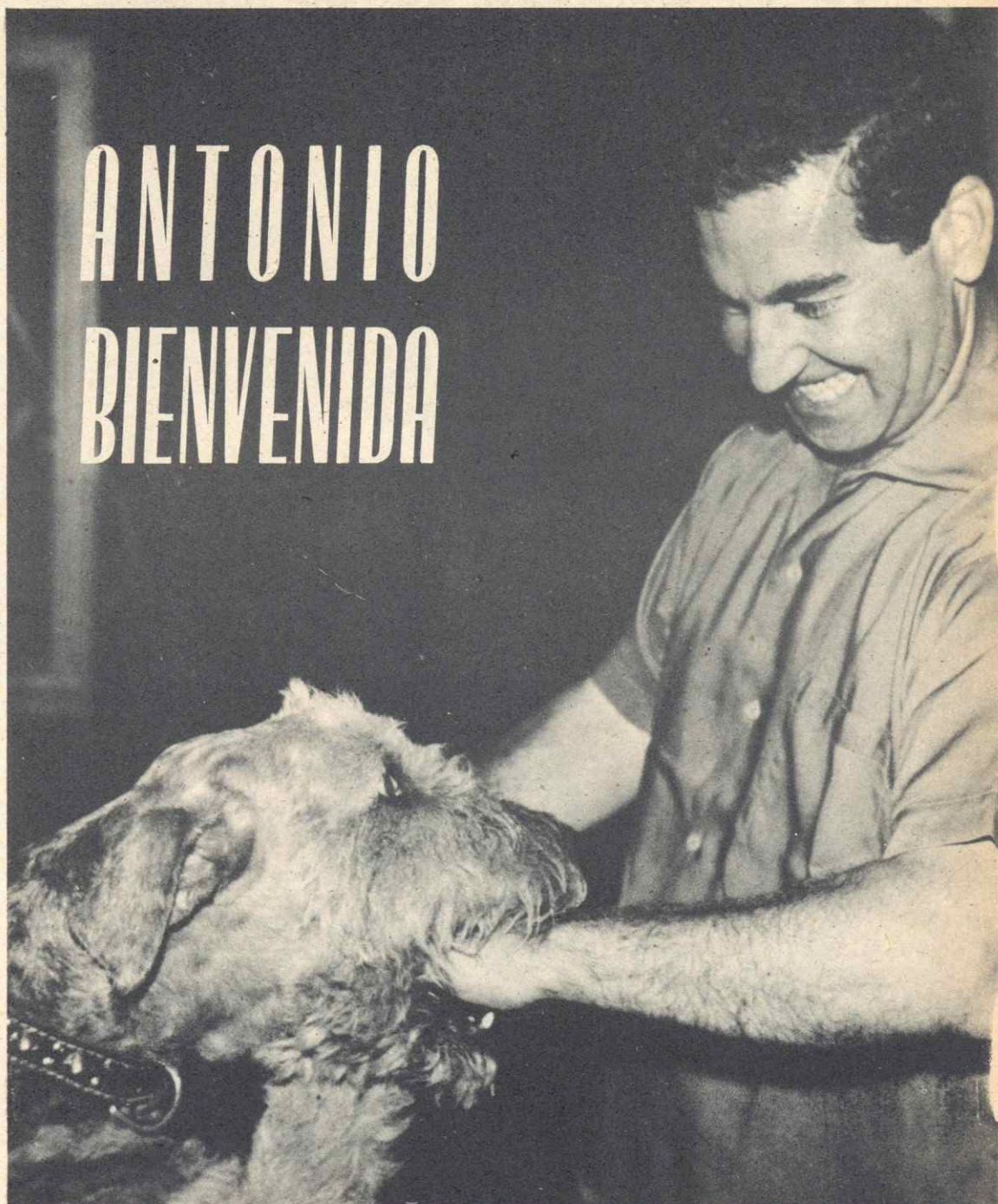


Una vida en los ruedos:

ANTONIO BIENVENIDA

«Soy
el
cuarto
de la
dinastía
de los
Bienvenida
toreros»



I

EN su villa de El Plantío, el torero convalece de una cornada. Está tendido en una hamaca bajo un sauce del jardín.

—Ya verás cómo el jueves podré quitarte los puntos de la herida. Yo mismo dirigiré tu rehabilitación. Iremos al frontón por las tardes. Es buen ejercicio.

Esto lo dice el doctor Nicolás Cimarra, que también vive en El Plantío, en la misma ciudad residencial de La Florida.

El doctor Cimarra es uno de esos médicos de excepción, reclamado por los hombres ilustres para que les ponga en orden los huesos. Agustín de Foxá puso al frente de uno de sus libros una dedicatoria admirable, después de que el doctor Cimarra le trató de una fractura de cuello quirúrgico de húmero: "Para Colache Cimarra —decía—, que coloca los huesos como fichas de dominó y gana siempre la partida; inteligente; cordial; en recuerdo de unas

tertulias deliciosas. Con un abrazo, que todo es posible gracias a él, y mi gratitud".

TERTULIA LITERARIA CON EL TORERO

Alrededor del torero se forma una tertulia literaria. El doctor Cimarra vistió el mono azul con la insignia de "La Barraca": una rueda de carro y una máscara de fieltro azul y rojo, diseñada por Benjamín Palencia. A las órdenes de Federico García

Redacción y Administración:
Almagro, 23 - Teléf. 224 00 20.
Publicidad: Teléf. 224 89 66.
Apartado de Correos 14.220.

**VIDA
MUNDIAL**

Redacción y Administración:
Muntaner, 254 - Teléf. 37 07 00.
Impreso en FORESA.
Alejandro Ferrant, 3. Madrid.
Depósito legal: M. 767 - 1961.

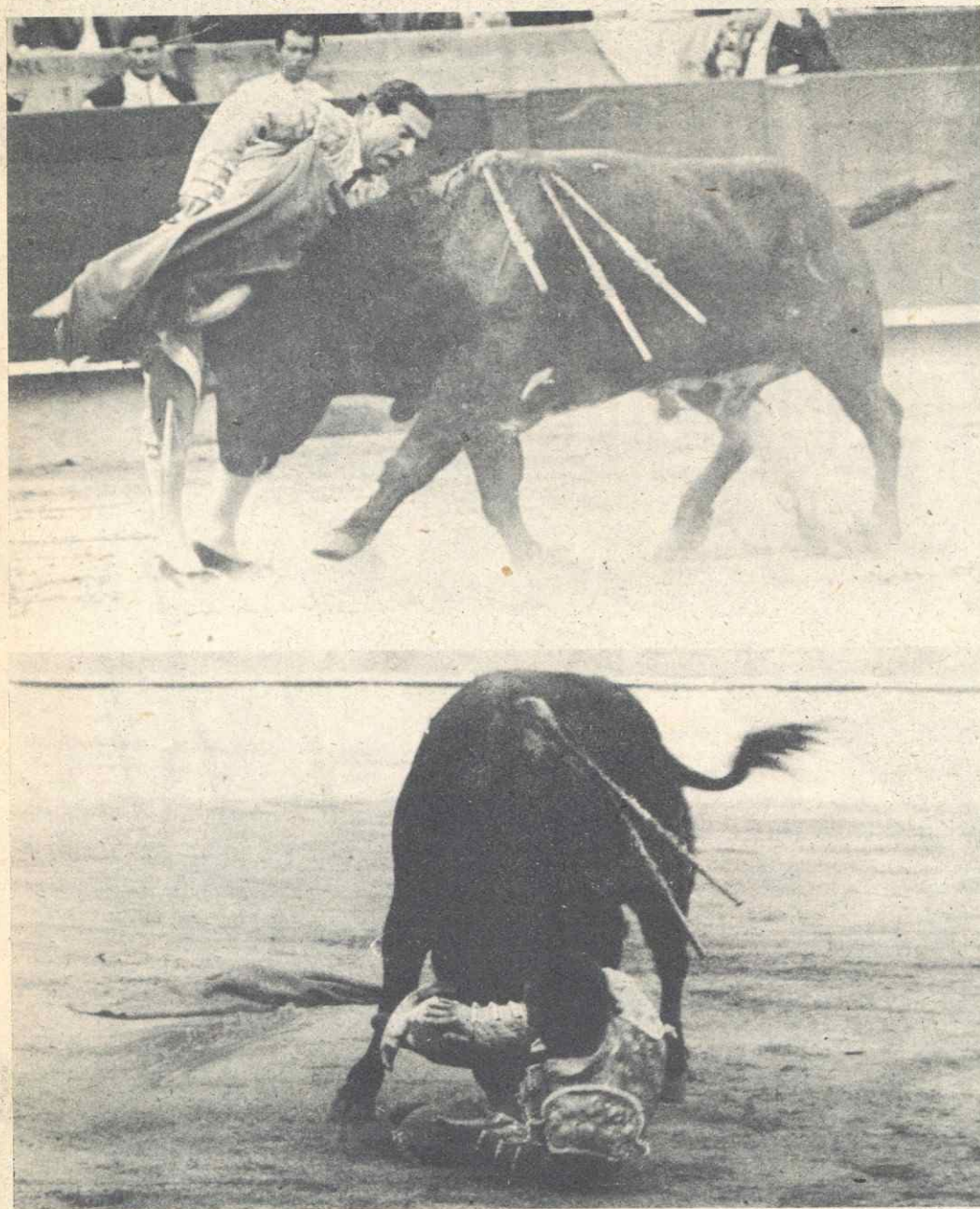
MADRID

AÑO I - 15 de agosto de 1961 - N.º 23

BARCELONA

ANTONIO BIENVENIDA

«Nací en Caracas, donde mi padre había ido a torear»



Lorca, el doctor, que era entonces estudiante de Medicina, llevó el teatro clásico español por los pueblos de España para ser representado en el atrio de una iglesia en la Plaza Mayor.

También tiene en su biblioteca, entre trofeos de caza, banderines deportivos y raquetas de tenis, un ejemplar del "Romancero gitano", dedicado de puño y letra de Federico.

Al torero le encanta esta tertulia literaria porque siente predilección por la cultura, pero sin afectación ni snobismo. Y contó una vez que hace tiempo, cuando fue a verle torear en Talavera de la Reina, entró en su cuarto y le sorprendí leyendo "Meditaciones del Quijote", de Ortega.

Está también junto al torero convaleciente su hermano Angel Luis, que como apoderado le acompaña a todas las corridas.

—¿Qué número hace esta cornada?— pregunta el doctor Cimarra.

—La número trece.

El doctor le dice a Antonio Bienvenida que relate cómo ocurrió.

—Toreaba el día 18 de julio en Barcelona alternando con José Julio y El Vito. La corrida era de Matías Bernardo, de Salamanca. Pero que lo cuente Angel Luis que estaba entre barreras y lo vió todo mejor.

—Anda, Angel Luis—le digo yo.

EL TORO QUE LE COGIÓ

—Estaba toreando Antonio el primer toro después de haberle dado ya un pinchazo. Entonces vió que el toro le iba mejor por el lado izquierdo y cogió la muleta con la mano izquierda para seguir la faena antes de entrar a matar otra vez. Le dio una tanda de cinco naturales y el de pecho. El toro, en el muletazo último, se le venció un poquito, ciñéndosele. Era el momento de entrar a matar; pero como la música empezó a tocar otra vez y él estaba toreando a gusto, se retiró del toro y empezó a insistir por la izquierda, dándole cuatro muletazos asombrosos.

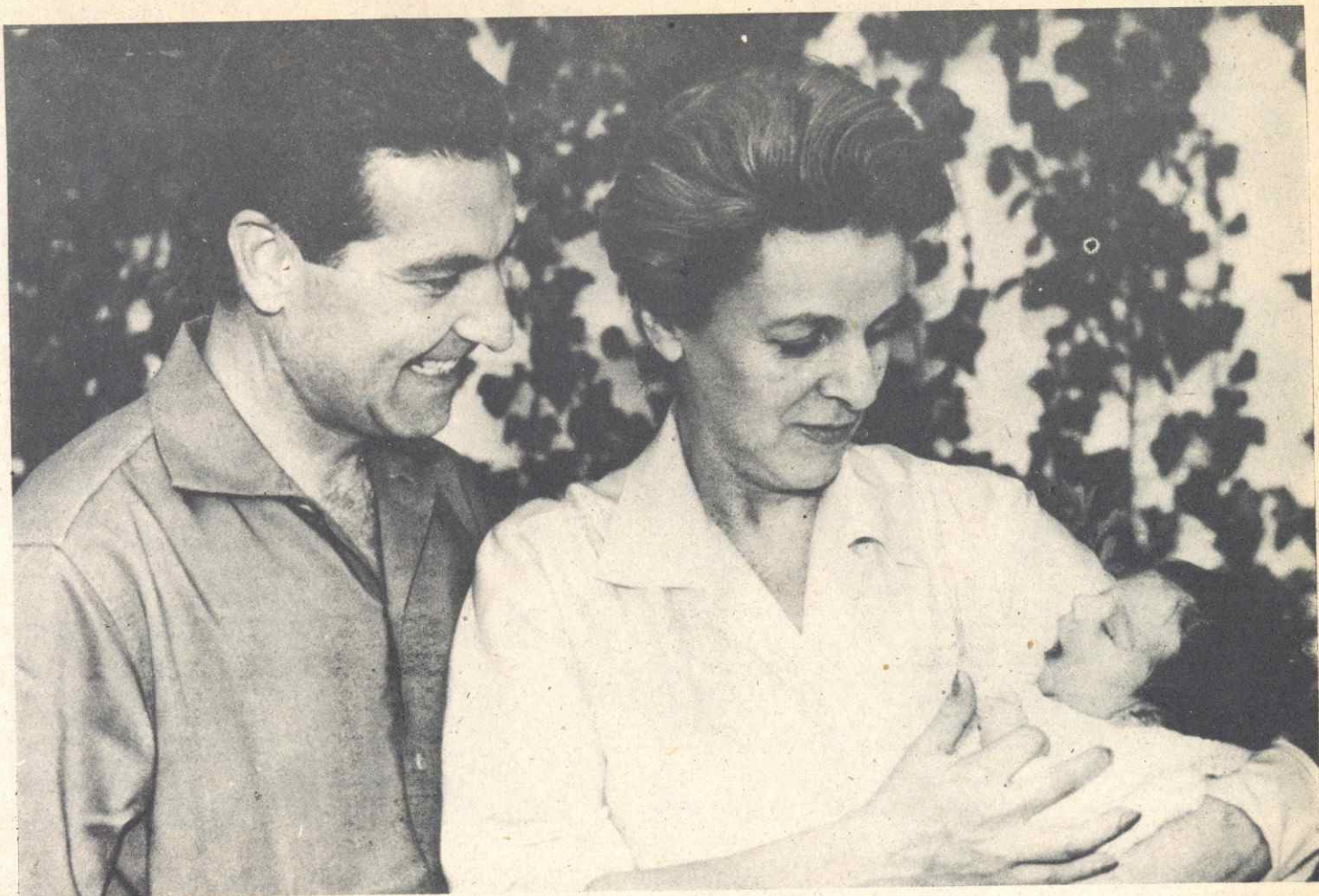
Antonio Bienvenida atiende el relato de su hermano Angel Luis con las manos bajo la nuca, un poco incorporado para verle mejor.

—En el último natural, como venía el toro muy prendido a la muleta, muy fijo, creyó que el toro le iba a pasar para darle el de pecho. Fué cuando el toro le enganchó por el muslo derecho y girando en el pitón lo levantó. En el suelo el toro le metió otra vez la cabeza, pero afortunadamente ahí no le hizo nada.

Así fue la cogida

Ponsanki

Antonio Bienvenida y su mujer contemplan a Paloma, la cuarta de sus hijos



“YA ME LA DIO”

El Viti se llevó el toro lejos y cuando Antonio se estaba incorporando llegó, Angel Luis, que había saltado al ruedo.

—Ya me la dió; pero quitarse todos y no tocarme nadie, que no voy para adentro hasta que no mate el toro.

Forcejeo de la cuadrilla y de sus dos compañeros de cartel queriendo llevarle a la enfermería. Se le veía la cornada sangrante. Pero Antonio no se dejó llevar y empezó a empujones con todos.

Cuando recogió la espada y la muleta de la arena ordenó que se retirase todo el mundo del ruedo y se fué hacia el toro. Lo igualó. El toro estaba recrecido—los toros se recrecen después de herir—y se puso difícil para matarlo. Necesitó darle dos pinchazos, media estocada y dos descabellos.

Todo esto transcurriendo bastante tiempo, porque cada vez que entraba a matar al toro insistían todos—los toreros y las cuadrillas—en querer llevar a Antonio a la enfermería. Se le veía desde lejos cómo le sangraba la pierna.

El público estaba en pie, visiblemente emocionado porque estaba presenciando un gesto de valor poco frecuente.

Cuando descabelló al toro plegó la muleta e hizo ademán de corresponder con el saludo a la presidencia.

—Allí ya me tuvieron que coger las asis-

tencias porque ya tenía la pierna completamente dormida.

EN LA ENFERMERIA

Ya está el torero en la enfermería. El público, fuera, en la plaza, ovacionaba aquel gesto de pundonor de Antonio Bienvenida. A insistencia del público, la cuadrilla dió la vuelta al ruedo con saludo en los medios.

En la enfermería, Angel Luis y Jesús, el mozo de espadas, con el nerviosismo del momento, querían quitarle la taleguilla.

—Tranquilos; haced las cosas despacio y no atropellarse. Lo primero de todo dejadme que me quite la castañeta.

Cuando se la estaba quitando, con parsimonia, se fijó en la cara de su mozo de espadas.

—Pero hombre, ¿por qué pones esa cara si tú ya llevas muchos años en esto y sabes que los toros dan cornadas?

Le quitaron la chaquetilla después y cuando fueron a cortarle los machos no lo permitió.

—Desatadlos despacio. ¡Si no, hay que cortarlos!

Se le quitó la taleguilla y cuando le pasaron al quirófano se volvió para el doctor Olivé Millet:

—Doctor, ¿me puedo fumar un pitillo mientras usted coge la espada y la muleta? Porque aquí es usted como yo cuando en la plaza me tengo que poner delante del toro. Con el bisturí hace usted lo que quie-

ra. Mire usted, doctor, esta cicatriz que tengo aquí en mitad del vientre está curada por su padre.

(Se refería a la cornada que recibió también en la plaza de toros de Barcelona el día 26 de julio de 1942, cuando toreando con Villalta, Chicuelo, Pepe Luis Vázquez, Manolete y Pepe Bienvenida fué a darle a un toro el pase con la muleta plegada.)

“ADIOS, AMIGO, QUE AHORA ME VOY”

Le dijo el doctor Olivé Millet:

—Te voy a dormir para no hacerte daño, porque como la cornada parece que es profunda tengo que explorar bien la herida.

Antonio buscó con los ojos a su hermano.

—Angel Luis, no llames a casa hasta que no termine la corrida y di que he matado los dos toros, que ya después cuando me despierte hablaré yo con María Luisa. No te preocupes, que esto no tiene ninguna importancia.

En seguida empezó a sentir que se dormía y al periodista Del Arco, que estaba allí, le tendió la mano.

—Adiós, amigo; que ahora me voy.

Y se fué.

A los pocos momentos el torero, tendido en la mesa de operaciones, con la sabanilla blanca cubriéndole el cuerpo, empezó a hablar, en un continuo delirio:

—¡Ya estoy viendo a Antoñito y a An-



El torero, con-
teciente

gel Luis en la piscina! ¡Qué bien nadan mis hijos!

Se quedó profundamente dormido. El doctor Olivé comenzó la operación. Cuando Antonio empezó a hablar después de la anestesia, lo primero que dijo fué:

—¡Viva Juan XXIII!

Ángel Luis Bienvenida se emociona. También el Papa Negro, que está sentado en una silla junto a sus hijos.

El doctor Olivé dijo:

—Empieza a despertarse. Pásenlo a una cama de las de la sala, con mucho cuidado.

EL ÚLTIMO SOL DE LA TARDE EN LA ENFERMERÍA

La sala de la enfermería de la plaza de toros de Barcelona es grande. Tiene unos ventanales altos y una capacidad como para ocho camas, que deben ser aproximadamente las que están armadas.

—Todas las ventanas estaban cerradas menos la que daba encima de la cama de Antonio. Yo estaba sentado en una silla, a la cabecera. Como acudía mucha gente, el doctor Olivé ordenó que cerraran la puerta de la sala para que no entrase nadie absolutamente —dice Ángel Luis.

Antonio sigue con las manos bajo la nuca, ligeramente incorporado para ver mejor a su hermano Ángel Luis.

—Era impresionante en aquel silencio de la sala grande, con las camas intactas, oír el murmullo de la plaza: gritos, palmas, música... Antonio, mientras tanto, soplabá para expulsar la anestesia con los ojos cerrados. La última luz de la tarde entraba ya amarillenta en un rayo oblicuo, que iba hasta un extremo de la almohada de la cama de Antonio.

El traslado a la clínica del doctor Olivé se hizo esperando a que se vaciara la plaza de público, para poderlo hacer sin aglomeraciones de curiosos.

Se dejó pasar un buen rato y, después, cuando el espectáculo hacía tiempo que había terminado, le sacamos en una camilla hacia la ambulancia que aguardaba fuera. Pero cuál sería nuestra sorpresa cuando al salir vimos los pasillos abarrotados de gente que llegaba hasta la calle. Tardamos mucho en abrirnos paso, angustiosamente, porque las mujeres se echaban adelante para verle la cara a Antonio y asomaban unos ojos enormes a las ventanillas estrechas de la ambulancia para verle mejor. Antonio aún no se enteraba de nada porque estaba bajo los efectos de la anestesia.

Ya en la clínica Olivé Gumá quedó el torero instalado. Empezaron las llamadas telefónicas. Ángel Luis estuvo contestando a las conferencias hasta las tres de la madrugada.

Antonio Bienvenida habla ahora del doctor Olivé Millet con verdadera gratitud y admiración.

—Cuando le veía prepararse para operarme yo estaba completamente tranquilo. Es un hombre que da una confianza maravillosa.

—Antonio, cuenta ahora tú lo que nos ocurrió con aquellos dos periodistas jóvenes —dice Ángel Luis.

UNA EXTRAÑA ENTREVISTA

—Bueno; eso es una cosa que tiene su gracia. Imagináros las entrevistas que me

habrán hecho en mis veinte años de alternativa. En mi vida me ha ocurrido una cosa semejante. Al día siguiente de la corrida, serían las once de la noche, cuando ya iba Ángel Luis a acostarse. Llamaron a la puerta. Le pregunté: “¿Quién es, Ángel Luis?” Me dijo: “Dos periodistas que dicen que si pueden hacerte una entrevista”. “Sí, hombre; díles que pasen.” Vi entrar a dos muchachos jovencísimos, muy serios. “Buenas noches”. Yo contesté: “Buenas noches”. Les dije que se sentaran y que si querían tomar algo: un café, una copa o un refresco. Me dijeron que no y en seguida uno de ellos empezó a hacerme preguntas y a escribir en unas cuartillas que sacó del bolsillo. Después de unos tres cuartos de hora de entrevista, el otro muchacho, también muy joven, tomó una fotografía mía en la cama, con Ángel Luis junto a la cabecera. “Muchas gracias”, dijeron. “De nada; gracias a ustedes”, respondí yo. Ángel Luis les acompañó hasta la puerta y al minuto volvieron a llamar.

—Volví a salir —agrega Ángel Luis— y me encontré con los periodistas. El que había tomado las notas me dijo por lo bajinis: “Oiga usted: ¿me haría el favor de decirme cómo se llama ese torero?” Me cogió tan de sorpresa que tardé un minuto en contestar. Antonio respondió desde la cama: “Antonio Bienvenida”. “Muchas gracias y buenas noches”, dijeron. Nos quedamos un tanto sorprendidos y pensamos que habíamos sido objeto de una broma; pero, no: al día siguiente vimos en el periódico la entrevista y la fotografía.

El jardinero pasa empujando la máqui-

ANTONIO BIENVENIDA

«Toreé por primera vez en la placita de La Pañoleta, de Sevilla, una becerrita que no tenía más que orejas»

na de segar. Los hijos del torero se bañan en la piscina con gran regocijo.

—¡Cuidado! Tirarse uno primero y luego el otro —les dice Antonio desde la hamaca.

Al anochecer corre un viento fresco. Se oye el rumor entre las hojas de los árboles. Antonio respira hondo.

—¡Qué bien se está aquí! Esto parece un sanatorio. ¡Con el calor que hará todavía en Madrid!

El aire vine cargado del aroma de las flores del jardín.

—¿Me alcanzas un cigarrillo de allí?

Le acerco el paquete y el encendedor.

NACIO EN CARACAS

—¿Entonces quieres que empiece a contarte mi vida? Nací en Caracas, el día 25 de junio de 1922.

—¿Qué número haces en la dinastía de los Bienvenida que han sido toreros?

—El cuarto. Esta dinastía la fundó mi abuelo, Manuel Mejías Luján, nacido en el pueblo de Bienvenida, provincia de Badajoz, que murió en Sevilla en 1908. Después vino mi padre, el Papa Negro, y mi tío Pepe.

Antonio Bienvenida nace en Caracas porque su padre llevaba a la familia consigo cuando iba a torear a América.

—Puedo decir que cuando nací yo mi padre no estaba en casa porque había ido a torear a Guatemala. Al recibir la noticia de mi nacimiento me envió una estampa del Niño Jesús, dedicada por detrás, que aún conservo en mi libro de misa.

A los dos años le trajeron a España y la familia volvió a su casa de Sevilla.

LAS PRIMERAS BECERRADAS QUE TOREO

—¿Cuándo toreaste por primera vez?

—Antes de ir al colegio, en la placita de La Pañoleta, de Sevilla, una becerrita que no tenía más que orejas. Recuerdo que Manolo y Pepe, para que les autorizase mamá para que viera que no había peligro, subieron la becerrita a casa y luego me llevaron con ellos a la plaza. Fueron éstos mis primeros pasos de torero.

A los ocho años le lleva su padre, por primera vez, a un cortijo. Fué a la finca denominada "Cortijo Cuarto", de Miura.

—Una becerra me pisó y me revolcó. Esto era intencionado por lo que supe después. Mi padre quiso someterme a esta prueba pensando que así desviaría yo la idea de torear. Claro que cuando pude le-

vantarme me fuí para la becerra y le di uno pases más.

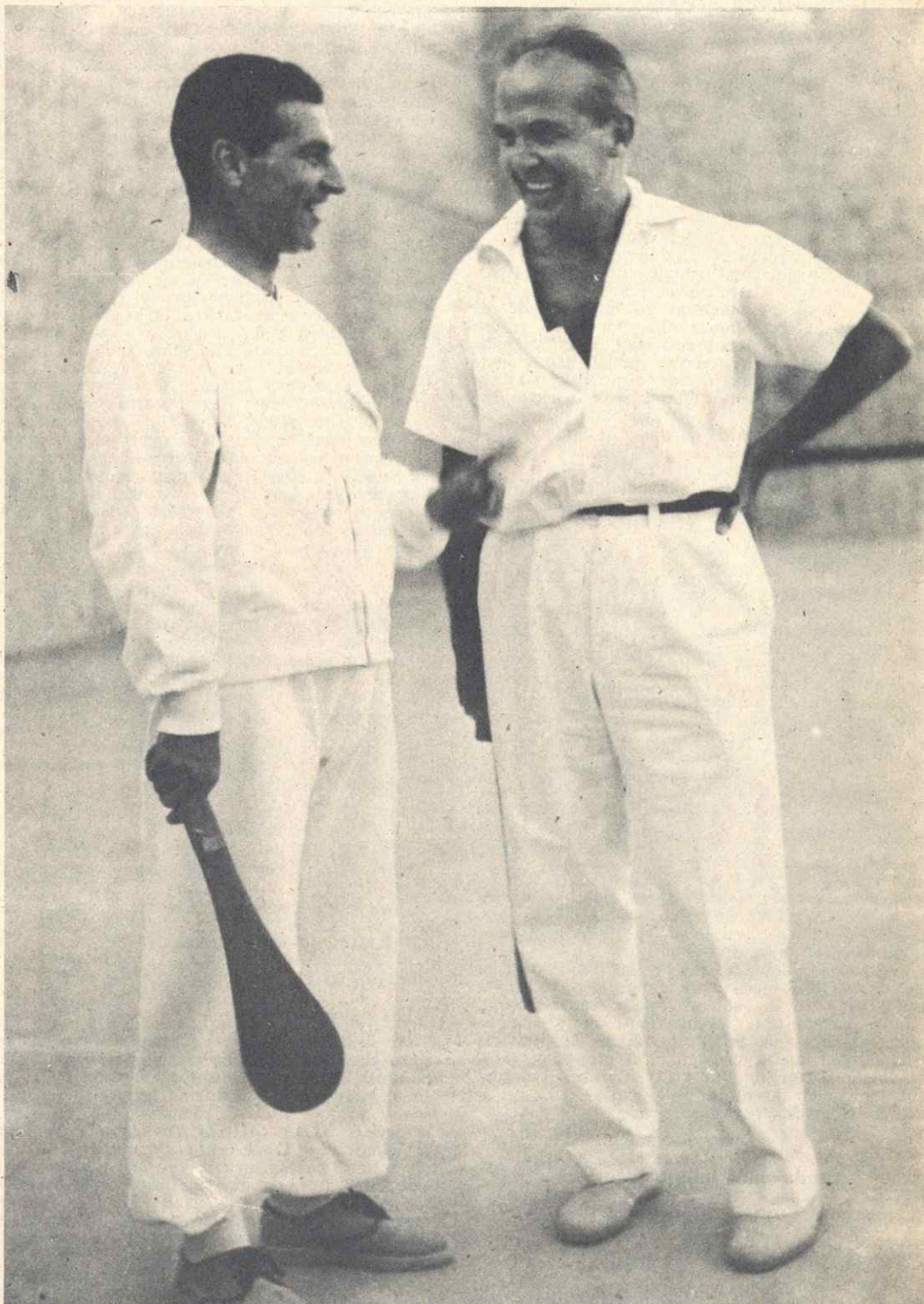
Practica el toreo de salón en la escuela, donde los chicos, durante el recreo, jugaban a los toros, embistiéndose unos a otros, lo cual sigue ocurriendo todavía en Sevilla, aunque el fútbol tenga sus partidarios.

Aplazamos la entrevista porque tenemos

que regresar a Madrid. Al torero también se le ha hecho tarde porque durante la temporada tiene costumbre de retirarse temprano a descansar.

Marino GÓMEZ-SANTOS

(En el próximo número: "Bienvenida, becerrista".)



En el frontón con el doctor Nicolás Cimarra